

TRATADO
DE LA A DIVINACIÓN

TRADUCIDO DEL LATÍN

POR

D. FRANCISCO NAVARRO Y CALVO

Canónigo de la Metropolitana de Granada.

DE LA ADIVINACIÓN.

LIBRO PRIMERO.

I. Opinión antigua es, cuyo origen se remonta á los tiempos heroicos, confirmada por el consentimiento del pueblo romano y de todas las gentes, que existe entre los hombres cierta adivinación, que los Griegos llaman *μαντικήν*, es decir, presentimiento y ciencia de las cosas futuras. Condición magnífica y útil ciertamente, si es que existe, por cuyo medio la naturaleza mortal puede acercarse muchísimo al poder de los Dioses. Así es que en esta ocasión, como en tantas otras, hemos sido mucho más exactos que los Griegos, dando á esta importantísima facultad nombre derivado de los Dioses, cuando aquellos le dieron uno que, según Platón, procede de furor. Ciertó es que no conozco gente tan ilustrada y docta, ó tan bárbara y feroz, que no admita señales de lo futuro y la facultad en algunos de comprenderlas é interpretarlas. Vemos primeramente, por remontar á las autoridades más antiguas, que los Asirios, habitantes de inmensas llanuras, desde las que contemplaban todas las regiones del cielo, observaron el curso y movimiento de los astros, y una vez conocidos,

trasmítieron á la posteridad lo que significaban. Entre estos pueblos, los Caldeos, llamados así por su origen y no por su arte, considéranse como creadores, por efecto de asidua observación de las estrellas, de la ciencia en virtud de la cual puede vaticinarse lo que ha de acontecer á cada uno según el hado bajo que nace. Créese que los Egipcios alcanzaron el mismo arte en el transcurso de los tiempos y después de serie casi innumerable de siglos. Los Cilicios, los habitantes de la Pisidia y sus vecinos de Pamfilia, pueblos que he administrado, creen que las señales más seguras del porvenir son el vuelo y el canto de las aves. ¿Qué colonia envió jamás la Grecia á Eolia, Jonia, Asia, Sicilia ó Italia sin consultar primero al oráculo Pythón, Dodonio ó Ammón? ¿ó qué guerra se atrevió á emprender sin el consejo de los Dioses?

II. No son iguales la adivinación pública y la privada; y omitiendo otros muchos pueblos, ¿cuántos géneros ha adoptado el nuestro? Primeramente, según la tradición, Rémulo, padre de esta ciudad, no solamente no la fundó antes de consultar los auspicios, sino que él mismo fué excelente augur. También los consultaron los que le sucedieron, y una vez expulsados los reyes, no se emprendió negocio público de paz ó guerra sin observar los auspicios. Considerándose grandemente importante el arte de los arúspices, ora para conseguir algo de los Dioses, ora para consultarlos, ó bien para interpretar los prodigios y conjurarlos, tomóse de la Etruria toda su ciencia, para que no pareciese que se descuidaba ningún género de adivinación. Y como los ánimos, en virtud de movimiento libre y absoluto, por sí mismos, sin raciocinio ni ciencia, pueden agitarse de dos maneras, por sueño ó por medio de furor, creyéndose que esta inspiración furiosa había dictado los versos Sibilinos, eligiéronse en la ciudad diez intérpretes de estos libros. Por la misma razón se atendieron con frecuencia las predicciones de adivinos fu-

riosos, como Cornelio Culeolo, en la época de la guerra Octaviana. Tampoco despreció el Consejo Supremo los sueños si se creían relacionados con los asuntos públicos. En nuestro mismo tiempo hemos visto á Lucio Julio, cónsul con P. Rutilio, encargado de reconstruir el templo de Juno Tutelar, por decreto que dió el Senado á consecuencia de un sueño de Cecilia, hija de Balearico.

III. Creo yo, sin embargo, que los antiguos adoptaron estas prácticas impulsados antes por los hechos que por la razón. De los filósofos se han recogido algunos argumentos bastante fuertes, que nos demuestran que existe en verdad la adivinación. Entre éstos, y citando al más antiguo, solamente Colophonio Xenophanes, sosteniendo la existencia de los Dioses, combate con energía la adivinación. Los demás, exceptuando á Epicuro que balbucea al hablar de la naturaleza de los Dioses, han admitido la adivinación, aunque no de la misma manera. Sócrates y todos los socráticos, Zenón y todos sus discípulos, en conformidad con los filósofos antiguos, con la vieja Academia y los Peripatéticos, adoptan la opinión que Pitágoras, que quería pasar también por augur, dió grande autoridad. Demócrito, autor tan grave, reconoce en muchos parajes que pueden predecirse las cosas futuras; pero el Peripatético Dicearco, combatiendo todos los géneros de adivinación, solamente presta fe á los sueños y al furor: Cratippo, nuestro amigo, en opinión mía, igual á los Peripatéticos más famosos, sólo admite estos dos géneros de adivinación, rechazando todos los demás. Pero como los Estoicos las admitían casi todas, en conformidad con la doctrina, cuyo germen depositó Zenón en sus comentarios y desarrolló Cleanto, surgió un hombre de sutil ingenio, Crisipo, que trató extensamente de la adivinación en dos libros, y además escribió dos tratados, uno de los oráculos y otro de los sueños. Su discípulo Diógenes Babilonio publicó después un libro sobre el mismo asunto; dos Antipater, y

cinco nuestro amigo Posidonio. Pero el príncipe de la escuela, el maestro de Posidonio, el discípulo de Antipater, Panecio, se separó de la doctrina de los Estoicos, aunque sin atreverse á negar decididamente la adivinación y limitándose á expresar dudas. Ahora bien: lo que un Estoico se permitió en un punto, á pesar de la opinión de toda su escuela, ¿nos lo prohibirán á nosotros en muchas cuestiones, principalmente cuando este asunto, oscuro para Panecio, les parecía á los demás tan claro como la luz del sol? Sea como quiera, mucho honra á la Academia tener en su apoyo la opinión de filósofo tan eminente.

IV. Puesto que nosotros también buscamos lo que deba opinarse acerca de la adivinación, asunto tan discutido por Carneades con los Estoicos, con tanta penetración y tan copiosas razones, para evitar error y precipitación, parece que debemos comparar argumentos con argumentos, de la misma manera que lo hemos hecho en nuestros tres libros acerca de la naturaleza de los Dioses. Porque si en todas las cosas son torpes la credulidad temeraria y el error, mucho más lo serán cuando se trata de decidir hasta qué punto debemos asentir á los auspicios, á las cosas divinas y á la religión: existe, pues, el peligro de caer en la impiedad si las despreciamos, ó de entregarnos á pueril superstición si las admitimos.

V. No ha mucho que discutí extensamente en Tusculum, con mi hermano Quinto, esta materia que ya en muchas ocasiones había dado motivo á nuestros coloquios. Habiendo llegado paseando al Liceo (este es el nombre del Gimnasio superior): Acabo de leer, me dijo, tu libro tercero acerca de la naturaleza de los Dioses; y aunque la disertación de Cotta ha quebrantado mi convencimiento, con todo, no lo ha destruido por completo.—Rectamente hablas, contesté, porque el objeto de Cotta antes es combatir los argumentos de los Estoicos que destruir la religión entre los hombres.—Bien sé, replicó Quinto, que Cotta

repite y asegura eso mismo varias veces, quizá porque no se crea que se separa del culto público; mas por exceso de celo contra los Estoicos, paréceme que rechaza por completo á los Dioses. No creo, sin embargo, que sea necesario contestar á su discurso, porque Lucilio, en su segundo libro, defiende victoriosamente la religión, y tú mismo declaras al final del tercero que te parece más cercana de la verdad la opinión de éste. Pero como has omitido en estos libros tratar de la adivinación, es decir, del anuncio y presentimiento de las cosas consideradas fortuitas, porque sin duda has creído más conveniente examinar y discutir aparte estas materias, veamos, pues, si te place, cuál sea la naturaleza y valor de esta adivinación. Por mi parte creo que si los diferentes géneros de adivinación que admitimos y practicamos son verdaderos, existen Dioses; y viceversa, si existen Dioses, la adivinación existe también.

VI. Defiendes la fortificación misma de los Estoicos, dije á Quinto, al admitir el doble argumento de que la adivinación demuestra la existencia de los Dioses, y recíprocamente los Dioses la existencia de la adivinación. Pero ninguno de estos dos argumentos puede admitirse con tanta facilidad como crees; porque la naturaleza puede revelar el porvenir sin la intercesión de un Dios, y puede acontecer también que existan los Dioses sin haber concedido ninguna adivinación al género humano. A esto replicó: Me basta tener pruebas claras y ciertas de la adivinación para quedar convencido de que existen Dioses y que velan sobre los hombres: expondré, si quieres, mi opinión si es que puedes escucharla y no tienes cosa mejor que hacer. —Siempre estoy atento á la filosofía de Quinto, contesté, y en este momento en que ninguna otra ocupación podría serme más agradable, deseo vivamente oír lo que piensas acerca de la adivinación. — Nada nuevo, en verdad; nada que me sea propio; profeso la opinión más antigua, ro-

bustecida con el consentimiento de todos los pueblos y todas las razas. Existen dos géneros de adivinación: uno artificial, y otro material. ¿Qué pueblo, qué ciudad hay que no admita, bien las adivinaciones artificiales que consisten en el examen de las entrañas de las víctimas, en la interpretación de los prodigios, de los rayos, de los augurios, de la astrología, ó bien la adivinación natural que comprende los sueños y vaticinios? Opino yo que en este asunto deben hacerse constar los hechos sin investigar las causas, porque es indudable que existe en nosotros cierta virtud natural que auxiliada por el estudio de larga serie de observaciones, ó impulsada por una manera de instinto ó inspiración divina, nos anuncia lo venidero.

VII. Cesen, pues, Carneades y después de él Panecio de investigar con tanto cuidado si Júpiter mandó á la cornuja graznar á la izquierda y al cuervo á la derecha, cosas observadas desde remotos tiempos y consideradas como significativas del porvenir. Nada hay en verdad que no pueda llegarse á conocer por medio del tiempo y larga serie de observaciones fielmente transmitidas. Admiranos de cuántas hierbas y raíces han descubierto los médicos la eficacia para las mordeduras peligrosas, enfermedades de la vista y las heridas; nunca ha explicado la razón la fuerza y naturaleza de estos remedios, pero su utilidad justifica su empleo y aprueba al inventor. Veremos qué dices de ciertos pronósticos, que siendo diferentes de la adivinación, se parecen mucho á ella.

«Prevemos una tempestad cercana, cuando el profundo mar parece agitado de pronto por los vientos; cuando los peñascos blanqueando con nevada espuma contestan con tristes gemidos á las voces de Neptuno; ó cuando estridente viento que parte de las cumbres de los montes, muge rechazado por los inquebrantables escollos.»

VIII. Todos tus Pronósticos están llenos de presentimientos de esta clase. ¿Y quién puede explicar las causas

de tales presentimientos? Veo que el esteico Boëtho lo intentó, consiguiendo algunas veces encontrar la razón de los fenómenos del mar y del cielo. Pero ¿quién nos explicará de una manera probable los siguientes?

«Cuando la blanca gaviota, huyendo de las olas, lanzando estridentes y entrecortados gritos, anuncia terrible é inminente tempestad. También con frecuencia el vigilante mochuelo entona plañidero y triste canto, que prolonga y aumenta cuando la aurora disipa el rocío. Algunas veces la negra corneja corriendo por las playas sumerge la cabeza en las olas.»

IX. Sabemos que estas señales son poco menos que infalibles, pero ignoramos por qué.

«Y vosotros también, habitantes de las aguas tranquilas, presagiáis el tiempo, cuando dispuestos siempre á lanzar inútiles gritos, llenáis los pantanos y las fuentes de monotonos graznidos.»

¿Quién podía sospechar que las ranas tuviesen la facultad de prever? Necesario es, sin embargo, que en la condición de las ranas y en los pantanos que habitan exista alguna virtud natural, casi infalible para ellas é impenetrable para el hombre.

«El buey de lento paso, levantando la cabeza hacia el cielo, aspira con las narices la humedad contenida en el aire.»

No pregunto por qué; comprendo lo que este hecho significa.

«El lentisco, cargado siempre de hojas y de frutos, señala las tres estaciones de la labranza por su triple florecencia, seguida cada una de abundantes frutos.»

Tampoco prégunto por qué este árbol sólo florece tres veces al año, y por qué su florecencia coincide con las tres épocas de labrar. Bástame que así suceda, aunque ignore la razón; y lo que contesto en cuanto á estos hechos, me servirá de respuesta para todos los géneros de adivinación.

X. Sin preguntar la causa, veo, y esto me basta, la virtud purgativa de la raíz de escamonea; cuánto puedo contra la mordedura de las serpientes la aristoloquia: llámase así esta planta porque sus efectos se descubrieron primeramente en virtud de un sueño. Veo también los efectos que siguen á los pronósticos del viento y de la lluvia; conozco y consigno los hechos, pero ignoro la causa. De la misma manera conozco lo que significa en las víctimas la disposición de las entrañas, pero la causa me es desconocida. La vida está llena de estas observaciones, porque el uso de examinar las entrañas de las víctimas es casi universal. ¡Cómo! ¿podemos dudar de los pronósticos de los rayos? ¿No es acaso el principal de todos los prodigios? Colocada la estatua de Summano en la cornisa del templo de Júpiter Optimo Máximo, la derribó un rayo; la cabeza de aquella estatua, que era de barro entonces, no pudo encontrarse, y los arúspices dijeron que había sido lanzada hasta el Tíber, hallándola en el mismo sitio que señalaron.

XI. ¿Mas qué autor ó testigo he de preferir á tí mismo, cuando con tanto placer he aprendido de memoria los versos que pones en boca de la musa Urania en el segundo libro del *Consulado*?

«En el principio Júpiter, radiando en etérea llama, se mueve inundando el universo entero con su luz; el cielo y la tierra aparecen preconcebidos por este espíritu divino que, oculto en el abismo y envuelto en todos los tiempos por el éter, contenía en sí la vida y la inteligencia humana. ¿Quieres saber bajo qué signo giran las estrellas que los Griegos llaman, con tanta impropiedad, errantes, siendo por el contrario muy ordenados su curso y movimiento? El espíritu divino les ha señalado ya su lugar. Tú mismo, cuando recorrías las nevadas cumbres de la Albania, derramando leche pura en las fiestas Latinas, observaste las rápidas revoluciones, el concurso de las constelaciones, su inusitado resplandor, los irregulares fuegos de los

cometas, y previste que muy pronto ocurrirían sangrientos estragos. ¡Triste presagio trajeron las fiestas Latinas, cuando la luna trocó de pronto su luz en tinieblas, desapareciendo en medio de cielo estrellado; cuando después, deteniéndose el sol en su inflamada carrera, se extinguió en oscuro horizonte; cuando un ciudadano romano pereció en medio de un día sereno, herido por terrible rayo; ó en fin, cuando se conmovió la pesada masa de la tierra! Espantosos fantasmas mostraron entences en la oscuridad de la noche sus variadas formas anunciando la guerra y las disensiones; adivinos furiosos sembraron por do quiera sus oráculos y lúgubres amenazas. De esta manera, cuanto ha sucedido aquí, traído por el eterno curso del destino, el padre de los Dioses lo anunció al cielo y á la tierra con repetidas y clarísimas señales.

XII. »Todas estas cosas que en otro tiempo anunció el arúspice lídio de gente Tirrena, bajo el consulado de Torcuato y Cotta, estallaron á la vez bajo tu propio consulado. Desde lo alto del estrellado Olimpo, el señor del rayo hirió los montes sagrados sobre que se alzaban sus templos, aprasando con su lumbré el Capitolio, asiento del Imperio; entonces devoró el rayo la antigua estatua de Natta, destruyendo las imágenes de los Dioses y las leyes que ellos dictaron en otro tiempo. Veíase allí la loba salvaje, cuyas henchidas mamas rociaban con nutritiva leche los labios de los recién nacidos hijos de Marte. Derribada por el rayo cayó arrancada de su pedestal, donde solamente quedaron las huellas de sus pies. ¿No consultaron todos entonces los escritos y monumentos de la ciencia, encontrando úgubres predicciones en los archivos de la Etruria? Todos aquellos libros aconsejaban evitar las discordias que fomentaban los nobles, tramando espantosos atentados. Con frecuencia hablaban de la inmediata destrucción de las leyes que mandaban preservar de las llamas los templos y ciudades, y proteger á los ciudadanos contra los asesinos

conjurados. Tales eran los decretos del inmutable destino, á menos que se colocase en lo alto de una columna la imagen sagrada de Júpiter de cara al Oriente; porque el pueblo y el augusto Senado no podrían descubrir las secretas tramas, sino cuando la estatua, vuelta hacia el sol saliente, viese la Curia y el Foro. Hasta tu consulado, después de muchas dilaciones, no se colocó esta imagen en lo alto de una columna; y en el momento mismo que Júpiter, empuñando un cetro, brillaba sobre aquel elevado pedestal, los Alobroges revelaron al Senado y al pueblo las tramas que urdian en secreto los asesinos é incendarios.

XII. »Con razón, pues, los antiguos, cuyos monumentos conserváis, y que gobernaron los pueblos y ciudades á nombre de la virtud y moderación, se distinguieron por su ardiente celo para con los Dioses, sirviendo en esto de modelo á vuestros padres, tan notables ya por su piedad é incomparable sabiduría. No se ocultaron estas verdades á la sagacidad de aquellos filósofos que, en las sombras de la Academia ó en el brillante Liceo, consagraron al estudio las riquezas de su ingenio. Tú te has visto arrancado de entre aquellos sabios desde tu más tierna juventud, llamándote tu patria para la defensa de todo lo que tenía de noble y santo. Pero dando tregua á tus graves ocupaciones, vienes algunas veces á descansar en el estadio de las letras patrias y á dedicarnos tus trabajos.»

XIII. ¿Podrás argüir en contra de lo que sostengo relativamente á la adivinación, habiendo hecho lo que hiciste y habiendo escrito los elegantísimos versos que acabo de citar? ¿Cómo? ¿preguntas, oh Carneades, por qué suceden así las cosas y por qué arte pueden preverse? Confieso que lo ignoro, y solamente digo que reconoces lo mismo que yo su realización. Diráseme que por la casualidad. ¿Cómo? ¿la casualidad podría reunir todos los elementos de lo verdadero? Cuatro dados forman por casualidad el punto de Venus; ¿crees que cuatrocientos dados lo formarían de

la misma manera cien veces? Colores arrojados al azar sobre una mesa pueden formar las líneas generales de un rostro; ¿crees acaso que por el mismo procedimiento puede representarse la belleza de la Venus Coea? Si un cerdo hociendo en el suelo traza la letra A, ¿podrás sospechar siquiera que escribirá la *Andrómaca* de Ennio? Suponía Carneades que al partir una piedra de la cantera de Cbio se había encontrado la cabeza de un fauno; creo que podría encontrarse algo semejante, pero no tanto que dijeras era obra de Scopas, porque nunca sucede que la casualidad imite perfectamente la verdad.

XIV. Pero algunas veces no se realizan los acontecimientos predichos. ¿A qué arte no ocurre esto? me refiero á aquellos que se fundan en conjeturas y opiniones. ¿No se considera como arte la medicina? y sin embargo, se engaña muchas veces. ¿Acaso no se engañan también los pilotos? el ejército de los Griegos y los pilotos que gobernaban sus numerosas naves, al salir de Troya:

«En su alegría, ¿no se entretenían en contemplar (como dice Pacuvio) los saltos de los peces, espectáculo que no les cansaba? Mas muy pronto, por el lado de Poniente, densas tinieblas, producidas á la vez por el viento y la tempestad, extendiéronse sobre el mar embravecido.»

¿Por ventura aquel naufragio de tantos reyes y esclarecidos capitanes destruyó el arte de dirigir las naves? ¿Hase de negar el arte de la guerra porque hemos visto poco ha huir un general después de perder su ejército? O, en último caso, ¿la razón y la prudencia no han de intervenir en el gobierno de la República porque Cn. Pompeyo se equivocó mucho de tiempo en tiempo, M. Catón y tú mismo algunas veces? Pues lo mismo sucede con las respuestas de los arúspices y con toda adivinación opinable, porque se funda en conjeturas y no puede pasarse más allá. Tal vez engaña en ocasiones; sin embargo, con frecuencia lleva á la verdad. Esta ciencia remonta á los tiempos

más lejanos, siendo resultado de multitud de observaciones recogidas por efecto de infinitos acontecimientos semejantes, precedidos por señales iguales.

XV. ¿En qué se fundan vuestros auspicios? Verdad es que los augures romanos (lo diré con tu permiso) ignoran lo que tan perfectamente saben los Cilicios, Pamfilios, Pisdianos y Licios. ¿Habré de recordarte el excelente y esclarecido varón, nuestro ilustre huésped el rey Deyatoro? Nunca hizo nada sin consultar los auspicios; advertido un día por el vuelo de un águila, suspendió la marcha decidida y comenzada, y la habitación en que, de haber continuado el camino, debería haberse detenido, se derrumbó á la noche siguiente. Oíste decir que con frecuencia había retrocedido en caminos por los que marchaba ya algunos días. Pero lo más preclaro de su vida es que, despojado por César de su tetrarquía, de su reino y riquezas, persiste en no arrepentirse de haber seguido los auspicios que le impulsaron á seguir á Pompeyo; fiel á su deber y á la fe jurada, cree que le aconsejaron bien aquellas aves, puesto que defendió con las armas la autoridad del Senado, la libertad del pueblo romano y la dignidad del imperio, no pareciéndole cara la gloria que compró al precio de su reino. Paréceme que esto es verdaderamente augurio. Mas para nuestros magistrados emplean augurios incompletos, porque de la manera que presentan el pasto á los pollos, necesariamente han de dejar caer algo al suelo. Este auspicio, que llamo incompleto, le llamáis vosotros *tripudium solistimum*, nombre que, según las reglas, solamente conviene al auspicio que se obtiene sin que haya caído nada al suelo. De esta manera se han perdido y abandonado considerable número de auspicios y augurios, como se quejaba ya el sabio Catón, por la negligencia del colegio de los augures.

XVI. Nada importante se emprendía antes, hasta por los particulares, sin consultar los augures; hoy mismo en

todos los matrimonios hay auspicios, aunque solamente de nombre. Actualmente (aunque el uso va perdiéndose) se consultan las entrañas de la víctimas, mientras que los antiguos confiaban más en el vuelo de las aves: cara hemos pagado la culpable negligencia que nos hace descuidar los malos presagios. Así, por ejemplo, Claudio, hijo de Appio Coeco, y Lucio Junio perdieron importantes armadas por haberse hecho á la vela inoportunamente. Igual falta cometió Agamenón, que oyendo á los Griegos.

«Murmurar y despreciar abiertamente el arte de augurar por el examen de las entrañas, dió, á pesar de las aves, la orden, que todos aplaudieron, de hacerse á la mar.»

¿Mas á qué remontar tanto? Sabemos lo que ocurrió á M. Crasso por haber descuidado las imprecaciones. Recordaré que tu colega Appio, buen augur, según te he oído decir muchas veces, notó durante su censura, con demasiada ligereza, á un varón excelente y distinguido ciudadano, C. Ateyo, como culpable de haber simulado los auspicios. Teniendo completo conocimiento, á ello le autorizaba sin duda su autoridad de censor; pero no obró como augur al atribuir á aquellas imprecaciones las calamidades que cayeron sobre el pueblo romano. Si esta fué la causa, á culpa no fué de quien las pronunció, sino de quien las despreció. Pero, como dijo el mismo augur y censor, el hecho demostró que [eran verdaderas; que, de ser falsas, no hubiesen producido ningún resultado funesto. Porque las imprecaciones, de la misma manera que los otros auspicios, los presagios y señales, no son causa para que el hecho se realice, sino que solamente anuncian que se realizará si no se atiende á evitarlo. No puede, pues, atribuirse la calamidad á las imprecaciones de Ateyo, que solamente fueron advertencia de lo que debía ocurrir á Crasso si no se prevenía. Así, pues, ó la imprecación de Ateyo no tuvo efecto alguno, ó si lo tuvo, como juzgó Appio, el culpable fué el que despreció el consejo, y no el consejero,

XVII. ¿Pero de quién habéis recibido ese bastón sagrado, preclara insignia de vuestra dignidad augural? Del mismo Rómulo, que lo empleó para dividir en regiones la ciudad que acababa de fundar. El *lituus* de que se sirvió (llamado así por la ligera curvatura que le da alguna semejanza con el clarín) se encontró intacto en las ruinas de la curia de los Salios, que está en Palacio, donde estaba depositado y que había sido presa de las llamas. ¿Y qué autor no ha hablado de lo que aconteció mucho tiempo después, bajo el reinado del primer Tarquino, cuando Accio Navio empleó el *lituus* para dividir las regiones? Este, por razón de su pobreza, había sido en su niñez guardián de puercos, y habiendo perdido uno, hizo voto, si lo encontraba, de ofrecer á Dios el racimo más grande de la viña donde se hallaba. Encontrado el puerco, dícese que Accio se colocó en medio de la viña, de cara al Mediodía, y la dividió en cuatro partes. Habiendo sido contrario para tres de ellas el presagio de las aves, encontró en la cuarta, según hemos visto escrito, un racimo prodigiosamente grande. Habiéndose propagado la noticia, los vecinos acudían á consultar al pastor, obteniendo muy pronto tanta gloria y autoridad que le llamó el rey Priscus (1), quien, para probar la ciencia del augur, le preguntó si podía hacerse lo que en aquel momento pensaba. Contestóle éste afirmativamente después de examinar los augurios. Tarquino declaró entonces que pensaba si podría cortarse una piedra con un cuchillo, y mandó que lo intentase Accio. Llevado á la plaza pública, cortó la piedra con el cuchillo en presencia del Rey y del pueblo; por lo cual, desde aquel momento, Tarquino y el pueblo confiaron completamente en los augurios de Accio Navio. Refiere la tradición que enterraron en la plaza pública la piedra y el cuchillo, elevando en aquel punto un pu-

(1) Tarquino el viejo.

teas (1). Neguemos todo esto, quememos nuestros anales, tratemos de fábulas todas estas cosas, si así lo quieres, y admitamos cualquier doctrina antes que confesar que los Dioses atienden á las cosas humanas. ¿Mas cómo? ¿no has aprobado tú mismo la ciencia de los augurios y auspicios en lo que has escrito de Tiberio Gracco, que celebró comicios para la elección de cónsules, después de levantar mal la tienda augural y haber atravesado la explanada sin auspicios? He aquí un hecho conocido y que tú mismo trasmites á la posteridad. Además, el augur Tiberio Gracco robusteció, con la confesión de su error, la autoridad de los auspicios y la ciencia de los arúspices, quienes, introducidos en el Senado poco después de estos sucesos, negaron que hubiese sido exacto en sus augurios el que había presidido los comicios.

XVIII. Adopto la opinión de aquellos que dividen la adivinación en dos clases: una artificial y otra natural. Es arte en aquellos que apoyan sus conjeturas, en cuanto á lo venidero, en antiguas observaciones; pero no es arte en los que presienten las cosas futuras, no por medio de la razón ó de conjeturas fundadas en observaciones cuidadosamente recogidas, sino por cierta agitación del ánimo, ó por movimiento libre y desordenado (como sucede frecuentemente en los sueños y á los vaticinadores por furor), como Bacis Beocio, Epimánides Cretense y la Sibila Crythrea. Tales son también los oráculos, no aquellos que se obtienen á la suerte, sino cuando son resultado de una manera de entusiasmo é inspiración divina. No quiere decir esto que deban despreciarse las suertes, si tienen en su apoyo la autoridad antigua, como aquellas que se dicen salidas de la tierra. Consultadas de modo que contesten exactamente á la pregunta, creo que pueden tener carácter

(1) Cobertura de pozo fatídico con un ara encima, donde se colocaban los jueces para que la diosa Temis les inspirase las sentencias.

divino; y en cuanto á aquellos que se ocupan de interpretarlas, paréceme que se aproximan tanto á los adivinos como los gramáticos á los poetas cuyas obras interpretan. ¿A qué, pues, atacar por medio de la calumnia y empleando sutilezas, instituciones tan firmes por su antigüedad? No conozco la causa: tal vez se encuentra entre las oscuridades de la naturaleza. No quiso Dios que la conociese, sino únicamente que la usase. La aprovecharé, pues, y jamás se me podrá hacer creer que toda la Etruria delira sobre las entrañas de las víctimas, que un pueblo entero se engaña sobre los relámpagos y los rayos, que interprete mal los prodigios cuando los terremotos, los rumores subterráneos, han anunciado tantas veces á nuestra república y á las demás ciudades tantos y tan lamentables estragos. ¡Cómo! ¿no se burlan todos hoy del parto de una mula, cuando este caso tan contrario al orden de la naturaleza presagiaba á los ojos de los arúspices increíbles desgracias públicas? Tiberio Gracco, hijo de Publio, cónsul dos veces, dos veces censor, augur sumo, varón sabio y ciudadano eminente (como dejó escrito su hijo Cayo Gracco), ¿no convocó á los arúspices porque encontró dos serpientes en su casa? Habiéndole respondido los augures que si arrojaba el macho su esposa moriría al poco tiempo, y que si arrojaba la hembra moriría él, consideró más justo preservar á su esposa, que era joven é hija de Scipión el Africano, y salir él mismo al encuentro de una muerte que nada tenía de prematura. Arrojó, pues, la hembra, y murió á los pocos días.

XIX. Burlémonos ahora de los arúspices; llamémosles inútiles y vanos; despreciemos las prácticas aprobadas por aquel varón sapientísimo y autorizadas por los hechos; despreciemos también á los babilonios y aquellos que, desde el Cáucaso, estudian los signos celestes y el número, marcha y movimientos de las estrellas: tachemos además de vanidad, demencia y temeridad á los pueblos que con-

servar, como ellos mismos aseguran, anales que remontan á cuatrocientos setenta mil años: digámosles que mienten y que no se preocupan del juicio que formulará sobre ellos la edad venidera. Bien está: gentes bárbaras y falaces son; pero ¿será mentirosa también la historia de los Griegos? En cuanto á la adivinación natural, ¿quién ignora las contestaciones de Apolo Pythón á los Atenienses, á los Lacedemonios, á los Tegeatos, á los Argivos y Corintios? Crisippo recogió considerable número de oráculos, confirmados con el testimonio de poderosa autoridad, prescindiendo yo de ellos porque te son conocidos. Lo único que defiende es que nunca hubiese alcanzado el oráculo de Delfos tanta celebridad, tan universal fama, ni se hubiese enriquecido con los dones de tantos pueblos y reyes, á no reconocer todas las edades la verdad de sus vaticinios. Confieso que ya no sucede lo mismo; pero así como hoy ha disminuído su gloria en proporción de la verdad de sus respuestas, decirse puede que en otro tiempo solamente por su infalibilidad absoluta consiguió tan esplendente fama. Puede suceder quizá que la fuerza subterránea de la que recibia la mente de la Pitonisa inspiración divina, se haya disipado con el tiempo, como esos ríos que vemos secarse ó cambiar de cauce, tomando sus aguas otra dirección. Decide como te plazca esta importante cuestión, con tal que me concedas lo que no es posible negar sin destruir toda la historia: es decir, la infalibilidad de este oráculo durante muchos siglos.

XX. Dejemos los oráculos y vengamos á los sueños. Tratando de ellos Crisippo, recogió considerable número y muy minuciosos, imitando á Antipáter, que solamente tuvo en cuenta aquellos que habían sido explicados por Antiphón; explicaciones que acreditan sin duda la penetración de su autor, pero cuya importancia no basta para que los citemos. Philisto, historiador tan docto como diligente, y además contemporáneo de los hechos que refiere,

nos dice que la madre de Dionisio, tirano de Siracusa, soñó, cuando le llevaba en su seno, que daba á luz un sátiro. Los Galeotos, nombre con que se designaba entonces en Sicilia á los intérpretes de presagios, dijeron (según Philisto) que el niño que nacería sería por mucho tiempo el hombre más precioso y dichoso de toda la Grecia. ¿Te citaré también los sueños que refiera nuestros poetas y los poetas griegos? He aquí lo que dice la Vestal, según Ennio:

«La anciana, despertada con sobresalto, lleva con mano temblorosa una lámpara, y la Vestal le refiere llorando el sueño cuyo recuerdo la estremece todavía. Eurídice, hermana mía, á quien tanto amaba nuestro padre, todas mis fuerzas y la vida me abandonan; parecíame que un hombre de hermoso semblante me cogía y detenía en la orilla del río, entre bosques de sauces, en una comarca encantadora y desconocida. Después, oh hermana querida, he vagado mucho tiempo por aquellos parajes, buscándote y sin poder abrazarte; el suelo se hundía bajo mis pies. Al fin escuché la voz de mi padre, que me decía: «Hija mía, no puedes sustraerte á tu destino; pero del río brotará el término, el fin de tus desgracias.» Siguió silencio á estas palabras, y no pude ver á mi padre á pesar de mi ardiente deseo, á pesar de mis lágrimas y ruegos. En vano alcé los brazos al cielo, llamándole con cariñosa voz: entonces me abandonó este fatigoso sueño.»

XXI. Aunque ficción de poeta, parécese mucho á un sueño verdadero. El que agitó á Príamo es sin duda fingido también.

«Pareció á Hécuba embarazada, que daba á luz una antorcha. Aterrado el rey Príamo por aquel sueño, no cesaba de sacrificar corderos á los Dioses. Consultó al oráculo de Apolo, preguntándole qué significaban aquellos presagios, y Apolo mismo respondió por la voz del oráculo que si Príamo criaba el primer hijo que le naciera, aquel hijo se-

ría causa de la destrucción de Troya y del reino de Pergamo.»

Repito que éstos son sueños poéticos, á los que se debe unir el de Eneas, tal como se refiere en los anales griegos de Numerio Fabio Pictor, en los que están comprendidos de antemano todos los hechos, todas las aventuras y la vida entera de aquel héroe.

XXII. Pero citemos ejemplos más recientes. ¿Cómo debemos considerar el sueño que Tarquino el Soberbio refiere en el *Bruto* de Accio?

«Cuando invitado por la noche y rendido de cansancio me entregué por completo á las dulzuras de sueño reparador, ví un pastor que me traía dos carneros de la misma raza, notables por la hermosura de sus bellones. Inmóvil el más hermoso; su compañero me atacó entonces con los cuernos, y empujando con violencia me arrojó del primer golpe al suelo. Derribado, herido, me alcé con trabajo, viendo en seguida en el cielo otro prodigio: el inflamado globo del sol, cambiando de curso, se dirigía hacia la derecha.»

Veamos la interpretación que dieron á este sueño los adivinos:

«Oh Rey, no es extraño que los cuidados, ocupaciones, pensamientos y hechos que llenan la vida ordinaria de los hombres sean objeto de sus sueños; pero los tuyos tienen mayor importancia: desconfía de tu enemigo; ten cuidado no sea que oculte bajo apariencias inofensivas astucia y valor, y consiga de esta manera arrojarte de tu reino. Lo que has visto en el sol anuncia próximo cambio en el pueblo. ¡Ojalá asegure su prosperidad! Ese cambio de carrera en el astro es señal dichosa y magnífico presagio de los altos destinos prometidos á la República romana.»

XXIII. Veamos ahora los ejemplos extraños á nuestra historia. Heráclides Pontico, varón muy docto, discípulo de Platón, dice que la madre de Phalaris vió en sueños las

estatuas de los Dioses que el mismo Phalaris habia consagrado en su casa; que le pareció que Mercurio vertía sangre de una copa que tenía en la mano derecha, y que aquella sangre, al tocar al suelo, de tal manera hervía que se llenaba de ella toda la casa. La terrible crueldad del hijo comprobó sobradamente el sueño de la madre. ¿Habré de citarte también la historia de Dinón de Persia, y la interpretación que dieron los magos del rey Cyro á un sueño que éste tuvo? Refiere este escritor que Cyro vió en un sueño el sol á sus pies; tres veces extendió la mano para cogerlo y las tres en vano, porque, rodando el sol, escapaba á su alcance; los magos (que forman en Persia un colegio de doctores y sabios) dijeron que los tres conatos para coger el sol presagiaban que reinaría Cyro treinta años. Así sucedió en realidad, porque habiendo subido al trono á los cuarenta años, murió á los setenta. Hasta las naciones bárbaras conocían parcialmente los presentimientos y adivinaciones; así fué que, al marchar á la muerte el indio Calano, al subir á una pira ardiente, exclamó: «¡Oh preclara despedida de la existencia! Cuando quede quemado como el de Hércules este cuerpo mortal, mi alma ascenderá al foco de la luz.» Habiéndole preguntado Alejandro si tenía algo más que decir: «Sí, contestó; que te veré muy pronto.» Como en efecto sucedió; porque pocos días después murió Alejandro en Babilonia. Prescindo por el momento de los sueños, á los que volveremos en seguida. Sabido es que la misma noche que ocurrió el incendio del templo de Diana en Efeso nació de Olimpia Alejandro, y al amanecer el día siguiente exclamaron los magos que: aquella noche había nacido la desgracia y el azote del Asia. Esto tenía que decir de los Indios y magos. Volvamos á los sueños.

XXIV. Celio escribe que Anníbal, queriendo arrebatara una columna de oro que adornaba el templo de Juno Lacinia, dudando si sería maciza ó solamente dorada, mandó

reconocerla; seguro ya de que era del precioso metal, decidió arrebatársela; pero Juno se le presentó en sueños, prohibiéndole realizar el propósito, amenazándole en caso contrario con hacerle perder el ojo que le quedaba. Aquel hombre tan sutil no despreció el aviso, y mandó hacer del oro extraído en el reconocimiento una ternera, que colocó en lo alto de la columna. He aquí lo que se lee en la historia griega de Sileno, que consignó cuidadosamente todos los hechos de Aníbal y que sirvió de autoridad á Celio. Aníbal, después de la toma de Sagunto, soñó que habiéndole llamado Júpiter al consejo de los Dioses, le mandó llevar la guerra á Italia, dándole por guía á uno del consejo; parecióle que, habiéndose puesto en marcha con su ejército, el guía le prohibió mirar á la espalda, pero que, arrastrado por la curiosidad, violó el mandato; entonces se le presentó una fiera monstruosa, rodeada de serpientes, derribándolo todo á su paso, árboles, matorrales, casas; lleno de admiración, habiendo preguntado al Dios qué monstruo era aquel, le contestó que era el azote devastador de Italia, pero que siguiese adelante, sin cuidarse de lo que aconteciera á su espalda. Leemos también en el historiador Agatocles que el cartaginés Amílcar creyó oír una voz anunciándole que comería al día siguiente en la ciudad de Siracusa, que tenía situada á la sazón. Ahora bien: habiendo sabido á la mañana siguiente los Siracusanos que había estallado violenta sedición en el campamento entre Cartagineses y Sicilianos, atacaron de improviso á los sitiadores y arrebataron á Amílcar vivo. De esta manera comprobó el hecho al sueño. Llenas están de iguales ejemplos las historias de los pueblos y las vidas de los hombres. Bajo el consulado de M. Valerio y de A. Cornelio, P. Decio, hijo de Quinto y primer cónsul de la familia de los Decios, que por entonces era tribuno en el ejército romano, estrechamente bloqueado por los Samnitas, no escuchando más que á su audacia, se exponía á los mayores

peligros; contestando á los que le aconsejaban prudencia, según consta en nuestros anales, que se le había predicho en un sueño que moriría gloriosamente en medio de los enemigos de su patria. En aquella ocasión consiguió salvar el ejército sin perder la vida. Pero tres años después, siendo cónsul, se sacrificó, precipitándose armado en medio de las falanges latinas. La derrota del enemigo fué el precio de la muerte de Decio, muerte tan gloriosa, que fué para su hijo ejemplo que ardientemente deseaba imitar. Mas, si te place, pasemos ahora á los sueños de los filósofos.

XXV. Refiere Platón que, encerrado Sócrates en una cárcel pública, dijo á su amigo Critón que moriría á los tres días, porque había visto en sueños una mujer de deslumbradora hermosura que, llamándole por su nombre, le citó este verso de Homero:

«Al tercer día de buen viento llegarás á Phthia.»

Y así sucedió, como es sabido. Xenofonte el socrático, ¿qué varón y qué autoridad! consignó tan cuidadosamente sus sueños como los maravillosos hechos que los confirmaron durante su célebre expedición con Cyro el joven. ¿Diremos que Xenofonte miente ó delira? ¿Y Aristóteles, aquel varón dotado de ingenio tan excepcional y casi divino, se engañó ó quiso engañar á los demás cuando refiere que su amigo Eudemo de Chipre, dirigiéndose á Macedonia, tocó en Pheras, notabilísima ciudad de Tesalia, sometida entonces á la cruel dominación del tirano Alejandro; y que habiendo caído allí tan gravemente enfermo, que los médicos desesperaron de salvarle, vió en sueños un joven de noble semblante, que le anunció pronta convalecencia, añadiendo que el mismo Eudemo volvería á su patria pasados cinco años? Aristóteles escribe que la primera parte de esta predicción se cumplió en seguida. Eudemo curó, y al tirano le mataron los hermanos de su esposa.

Pero durante el quinto año, cuando se esperaba, según el sueño, que Eudemo iba á volver de Sicilia á la isla de Chipre, se supo que había sucumbido combatiendo cerca de Siracusa, dando lugar esto á que se interpretase el sueño de otra manera y se dijese que, al salir del cuerpo el espíritu de Eudemo, había vuelto á su verdadera patria. Añadamos á los filósofos un varón doctísimo, un poeta divino, Sófocles, que vió en sueño á Hércules denunciándole el ladrón que había arrebatado de su templo una copa de oro muy pesada. Dos veces seguidas despreció el poeta aquel aviso, pero advertido de nuevo, subió al Areopago y refirió lo que le había sucedido. Los areopagitas hicieron entrar en el acto al designado por Sófocles, y puesto en el tormento, confesó y restituyó la copa. De este suceso viene el nombre del templo de Hércules Acusador.

XXVI. Mas ¿á qué continuar con los Griegos? Ignoto atractivo me trae á nuestra propia historia. Sobre el hecho siguiente están de acuerdo todos los historiadores, Fabio, Gelio y más recientemente Celio. En la época de la guerra Latina, durante la celebración de los primeros grandes juegos votivos, la ciudad fué llamada repentinamente á las armas. Más adelante se ordenaron otros grandes juegos para reemplazar á los interrumpidos. Antes de comenzarlos y cuando el pueblo ocupaba ya sus asientos, un esclavo á quien azotaban con varas atravesó el circo llevando la horca. Un campesino romano tuvo poco después un sueño en el que le dijo uno que no le había agradado el principal actor de los juegos y que lo anunciase así al Senado; á lo cual no se atrevía. Otra vez tuvo el mismo sueño acompañado con idéntico mandato, y ahora con amenazas. También le contuvo el temor, y murió un hijo suyo. Por tercera vez recibió la misma advertencia y también en sueños; y quedando al fin parálítico comunicó á sus amigos lo que le había acontecido: colocáronle éstos en una litera y lo llevaron al Senado, de donde volvió á su casa por su pie,

después de haber referido su sueño. Dícese que, convencido el Senado de la realidad del sueño, ordenó nueva celebración de juegos. Según escribe el mismo Celio, cuando C. Gracco solicitaba la cuestura, refirió á muchos que se le había presentado en sueños su hermano Tiberio diciéndole que tarde ó temprano moriría de la misma muerte que él. Celio añade que oyó esto antes de que fuese nombrado C. Gracco tribuno de la plebe y que lo comunicó á muchas personas. ¿Y existe algo más cierto que este sueño?

XXVII. Además ¿quién podría negar los dos sueños que con tanta frecuencia citan los Estoicos? El primero es de Simónides, que viendo abandonado el cadáver de un desconocido, lo enterró; y como tenía en mientes un viaje por mar, parecióle que el mismo á quien había enterrado le aconsejaba desistiera de su proyecto, anunciándole que, si persistía en embarcarse, naufragaría. Simónides desistió y la nave en que debía embarcarse pereció con todos los que llevaba. El segundo es evidente. Dos árcades, ligados con amistad, caminaban juntos, y habiendo llegado á Megara, paró uno en casa de un amigo y el otro en una posada. Habiéndose acostado los dos después de cenar, el que se hospedaba en casa del amigo vió en sueños al que quedó en la posada implorar su auxilio porque el posadero quería matarlo. Asustado por este sueño se levantó, pero habiéndose convenido de que la visión no tenía nada de real, se acostó otra vez y se durmió, presentándosele la misma visión y rogándole que no habiendo acudido á socorrerle vivo, que al menos vengara su muerte. Refirióle que el posadero le había asesinado, que había puesto su cuerpo en una carreta cubriéndole con estiércol, y le rogó que se encontrase al amanecer en la puerta de la ciudad, antes de que saliera la carreta. Impresionado por el sueño, marchó muy temprano á la puerta; preguntó al boyero qué llevaba en el vehículo; asustado aquel hombre, huyó; descubrióse

el cadáver, y poco después, convicto el pesadero, fué castigado. ¿Puede encontrarse aviso más claramente divino que este sueño?

XXVIII. Pero ¿á qué citar tantos ejemplos antiguos? Muchas veces te he referido mi sueño y muchas veces también me has referido el tuyo. Sabes que, encontrándome de procónsul en Asia, parecióme, estando dormido, que llegabas á caballo á la orilla de un río muy caudaloso, caías al agua y desaparecías en ella, dejándome aterrado; después, apareciste de pronto muy alegre para subir con el mismo caballo la otra orilla, donde te recibí en mis brazos. Fácil era la explicación de este sueño, y los sabios intérpretes del Asia me anunciaron todo lo que ha ocurrido después. Pasemos ahora á tu sueño, que tú mismo me has referido y del que nuestro Salustio me ha hablado con mayor frecuencia todavía. Durante aquella fuga tan gloriosa para nosotros, tan calamitosa para la patria, te detuviste en una quinta en las cercanías de Atina, donde después de velar mucha parte de la noche, te dormiste profunda y pesadamente al amanecer. Aunque urgía caminar, mandaste guardar silencio y que nadie interrumpiese tu sueño. Habiendo despertado á la segunda hora del día, referiste á Salustio el siguiente sueño. Vagabas tristemente en solitario bosque, cuando te preguntó la causa de tu tristeza C. Mario, precedido de los haces laureados: respondístele que la fuerza te arrojaba de la patria; y cogiéndote entonces de la mano, te excitó á enér ánimo, mandando al lictor más cercano que te llevase á su monumento, añadiendo que allí encontrarías la salvación. Salustio me dijo que entonces exclamó que tu regreso sería tan pronto como glorioso y que le pareció que el sueño te había agradado. Al menos lo que sé es, que á la noticia de que el magnífico senatusconsulto que declaraba tu regreso se había dado en el monumento de Mario, por informe del cónsul mejor y más ilustre, y de que inmensa multitud le había recibido

en el teatro con aplausos y alegres exclamaciones, dijiste, que nada podía ocurrirte tan maravilloso como el sueño de Atina

XXIX. Pero hay muchos falsos, ó más bien, oscuros para nosotros. Admitamos que existen muchos falsos; ¿qué podemos decir contra los verdaderos? y estos serían harto más numerosos si nos durmiésemos más sanos. Pero repletos de vino y comida, solamente tenemos visiones turbadas y confusas. Oye lo que dice Sócrates en la *República* de Platón: «Mientras que, durante el sueño, esa parte del alma que es asiento de la inteligencia y de la razón languidece aletargada, la otra parte formada de elementos más materiales y groseros, embrutecida por el exceso de comida y bebida, se encuentra en estado de excitación y de delirio. En esta ausencia de la razón y de la inteligencia, asáltanla numerosas visiones, y así se cree ver vergonzoso comercio con la propia madre, ó con un hombre, ó con un Dios y hasta con una fiera. Imagínase que se asesina á alguno y bañarse en sangre inocente, sin que el temor ni el remordimiento detengan en esta carrera de infamia. Pero si el que se entrega al descanso tiene costumbre de sobriedad y templanza; si esa parte del alma que es asiento de la razón y de la inteligencia se mantiene en cierto grado de elevación y actividad, saturada de buenos pensamientos; si al mismo tiempo la otra parte que se alimenta de la voluptuosidad no se encuentra exhausta por la necesidad ni repleta por la saciedad (porque la necesidad y la saciedad excesivas son dos extremos que quitan al espíritu su vigor y penetración), y además, esa tercera parte del alma en que se encienden las iras permanece tranquila y plácida, sucederá que estando comprimidas las dos partes inferiores, la primera, aquella en que reside la razón, se mostrará viva, pura y brillante, presentándose también entonces sueños, tranquilos, y verídicos.» Estas son las palabras mismas de Platón.